Año VI || JUNEDA, 15 de Mayo de 1958 || Núm 361

«Y ellos, habiéndole adorado, regresaron a Jerusalén con gran gozo» *(Luc. cap. XXIV, v. 52).*

No es cierto que los apóstoles quedaran tristes y cabizbajos tras la ascensión de Jesús al cielo. Si Fray Luis de León imaginó a la pequeña grey del monte olivete «en soledad y llanto», es porque se dejó llevar del discurso por lo que en las despedidas de los hombres acontece.

Añoradizos sí debieron quedar los discípulos tras la desaparición del Maestro; tristes, pesarosos, desanimados e inactivos, no. Es el mismo evangelista quien categóricamente lo dice.

¿Por qué habrían de haber permanecido apesadumbrados los apóstoles? El Maestro les había preanunciado amorosamente en la última Cena: «Voy al Padre... Voy a prepararos un lugar... Os conviene que Yo me vaya»...

¿Por qué habrían de haber quedado alicaídos, desganados e indolentes? El Maestro les había dado un mandato imperativo: «Id...; predicad a toda creatura...»

El evangelista Lucas en los «Hechos de los Apóstoles» escribe que se quedaron «mirando al cielo», hasta tal punto que hubieron de bajar dos ángeles con albas vestiduras y órdenes de lo Alto.

El lema de los apóstoles en lo futuro se cifraría en aquellas palabras programáticas de un poeta cristiano: «El corazón al cielo y a la tierra los brazos». Durante su vida entera debieron ya imitar el gesto de la avecilla «que bebe agua y mira al cielo».

¡Ciencia excelsa y sublime ésta de saber mirar con un ojo hacia lo Alto y con otro a las cosas deleznables de la vida!...

A la Ascensión del Señor
(himno litúrgico)

¡Oh Rey y Señor de la eternidad!
Tú eres quien salvó a la Cristiandad.
Con tu muerte venciste a la muerte,
adquiriendo el triunfo y el soberano poder.

—

Tú, Rey del mundo, asciendes a los cielos,
te sientas en tu áureo trono estrellado,
tu reino no es de este mundo,
sino que te ha sido dado por el cielo.

—

Gloria a tí, triunfador Jesucristo,
que tornas a tu Patria celestial;
sean tambien al Padre y al Espíritu
loor y alabanza por los siglos todos. Amén.

«El que hoy sube plácido, volverá terrible, y lo que nos mandó con mansedumbre nos lo exigirá con rigor. Nadie, pues, desperdicie el tiempo de la vida, nadie se descuide: porque nuestro Redentor tanto más riguroso será al juzgar, cuanto mayor haya sido su paciencia en esperar» *(S. Gregorio Magno).*

La Ascensión del Señor, motivo de alegría

«Hoy sube nuestra naturaleza humana por encima de todos los moradores del cielo y es elevada más alto que los mismos coros de ángeles. Es levantada hasta el trono del Padre Eterno, para compartir la gloria de Aquel cuya naturaleza estuvo unida con ella en el Hijo de Dios.

Por eso, *la Ascensión de Cristo es nuestra*

(Continúa en la pág. siguiente)